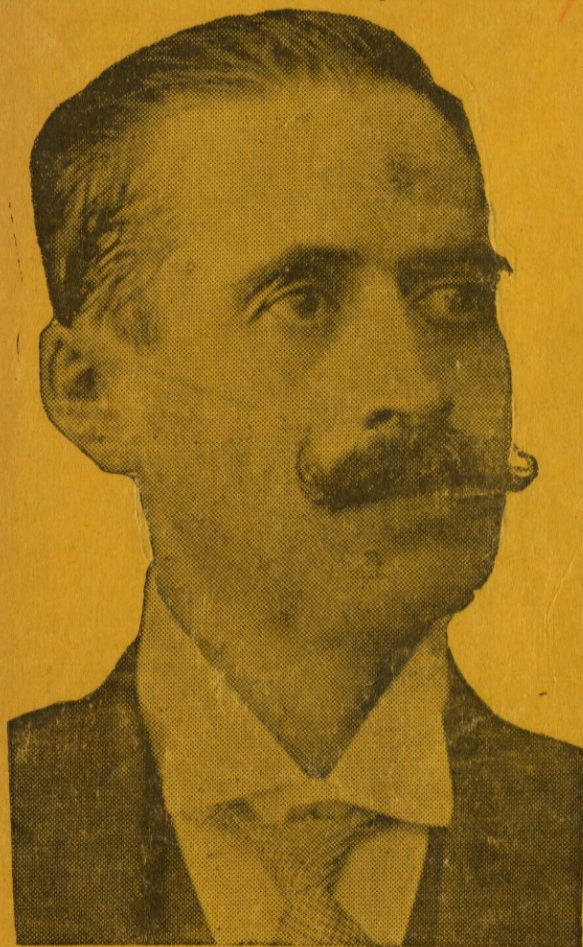


25383
V. 25383

\$5 NACION
7/5



MANUEL J. CALLE

928

25383

71' 25383

HOMENAJE

25383

que tributa a

928

C634h

MANUEL J. CALLE

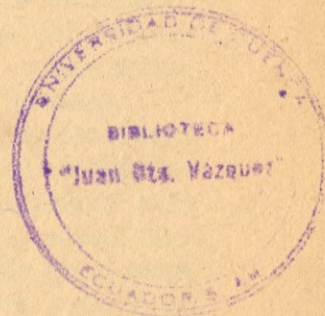
el «COMITE CENTRAL» del mismo nombre al inaugurar en la ciudad de Cuenca, el día 26 de Mayo de 1945, el Busto en bronce de tan egregio literato y esclarecido periodista, honra de las Letras Americanas.

=0=

CUENCA—ECUADOR

1945

Tip. Alianza



78187 (handwritten)

85 20-X-1958 48 pag (handwritten)

LABORES DEL COMITE CENTRAL PRO MONUMEN- TO A MANUEL J. CALLE

Siempre se ha señalado como una de las características que más relieve da al pueblo azuayo la de su culto a los hombres que, nacidos en su suelo, lo enaltecieron con el renombre alcanzado, ya en los campos del saber, ya en los del heroísmo o ya en los de cualesquiera otras nobles manifestaciones que dignifican al espíritu humano.

La memoria de Calle es, pues, imperecedera en los fastos que reverencia la comarca, exhibiéndola orgullosa, pues que constituye prez suya y de la patria ecuatoriana. Su recuerdo es, acaso, uno de los que más hondo se ha arraigado en el alma popular, puesto que el gran periodista supo conquistarla, llegándose a lo íntimo de ella por el ancho camino de una sinceridad, ruda a veces, pero siempre bien intencionada.

La región natal sólo se ha estremecido de ternura ante el hijo ilustre que para ella mantuvo el cariño a través de las distancias a que lo arrojó el destino. A poco de muerto Calle, la Municipalidad Cuencana, por Acuerdo del 20 de Septiembre de 1919, resolvió trasladar sus restos mortales a esta ciudad; el 6 de Octubre del mismo año amplió lo dispuesto, votando los fondos necesarios para ese objeto y ordenando que se erigiera a Calle un mausoleo en el Panteón Municipal.

No habiendo podido llevarse a cabo lo proyectado, por cuanto se quiso respetar la voluntad del ilustre difunto y la de su familia que deseaban que el esclarecido escritor siga durmiendo el sueño postrer en la hidalga Guayaquil, el Concejo quiso tributarle un homenaje que sirviera de lección estimuladora a las generaciones, a cuyo fin colocó el 3 de Noviembre de 1926 en su Salón de Sesiones el retrato de Manuel J. Calle, denominando también con su nombre la antigua plaza de «El Carmen», rincón pintoresco de la población, lleno de añoranzas del ayer.

La prensa azuaya, o sea «La Alianza Obrera», «El Tren», «El Mercurio» y «La Crónica», representada por los Directores de tales periódicos, los señores José María Astudillo Regalado, Francisco Tálbot, José Sarmiento y Víctor Manuel Albornoz, al colocar en 1927 una placa de mármol en el lugar donde nació Calle, lanzó la idea de erigirle un monumento «como tributo de admiración,

de gratitud, de justicia y reconocimiento hacia el gran luchador.»

El propósito fué acogido con beneplácito por muchos; pero, a decir verdad, no se cerraban aún ciertas heridas causadas por la pluma castigadora del autor de «Charlas». Y... se hizo el silencio, el silencio grande en que se hunden las mejores aspiraciones.

Pero la idea quedó latente. Tiempo después, un intelectual de los buenos -Augusto Arias- insinuaba esta pregunta: «¿Por qué no se intenta elevar el busto de Calle en uno de los parques de Cuenca del Azuay, adornándolo con símbolos en que hubieran la clepsidra del tiempo, la pluma de los rasgos prontos y las flechillas del vértigo?»

En la recepción que el 20 de Diciembre de 1939 tributa a la señorita María Luisa Calle el «Círculo de Periodistas del Azuay», el Presidente de dicha entidad, que estas líneas escribe, insiste en la realización del constante ideal en los siguientes términos: «Obligados estamos a una retribución póstuma: la de conseguir que la figura de Manuel J. Calle, ciertamente ya inmortalizada por la resonancia de su nombre, se levante hecha carne de bronce en un lugar dilecto de Cuenca. Que un monumento lo devuelva a la tierra natal, a la tierra que tanto quiso, a pesar de las amargas que para él tuvo; que lo devuelva, digo, no en el triste polvo de su envoltura corporal, sino transformado en la estatua que domina al tiempo y ejemplariza

a las generaciones de hoy y de mañana.»

A entusiasta iniciativa del Secretario General del Sindicato de Escritores y Artistas Azuayos, Dr. César Andrade y Cordero, el 23 de Febrero de 1940 se constituye la «Junta promotora del Monumento a Calle», que deliberadamente reduce su actuación a la de provocar la formación de un Comité que lleve a cabo su plausible proyecto.

De este modo el 8 de Marzo del mismo año de 1940, reunido en los Salones de la Casa Municipal un numeroso grupo de intelectuales, se establece definitivamente el «Comité pro Monumento a Manuel J. Calle», en cuya reunión inicial se designa el Directorio, que queda constituido así: Presidente, Dr. Daniel Córdova Toral; Vice-presidente, Dr. César Andrade Cordero; Secretario, D. Víctor Manuel Albornoz; Tesorero, D. José Crespo Vega; Vocales, los señores Dr. Carlos Cueva Tamariz, D. Rafael Galarza, Dr. Alfonso Malo Rodríguez, Dr. Honorio Vega y D. Luis Moscoso Vega.

Con posterioridad, se amplía el número de Vocales, habiendo sido nombrados sucesivamente los señores: Luis E. Quintanilla, Francisco Tálbot, Luis C. Jaramillo, Antonio Barsallo, Roberto Crespo Ordóñez, Luis Guillermo Peña, Miguel Oramas, Guillermo Espinosa, Miguel Angel Estrella, Darío Ordóñez, Gabriel Cevallos, Francisco X. Salazar, César Astudillo, Francisco Alvarado Cobos, Tomás Quintanilla, Saúl T. Mora, Gonzalo Cor-

dero Crespo, Víctor G. Aguilar, Ricardo Márquez, Carlos Iñiguez Moreno, Emilio Murillo Ordóñez, Agustín Cuesta, Luis Monsalve Pozo, Carlos Aguilar Vázquez, Aurelio Ordóñez Zamora, Bolívar Malo, Vicente Moreno Mora, Miguel Calle Alvear, Ignacio Andrade, David M. Ponce, Víctor Barrera, Rubén Cordero, Ernesto Domínguez, Julio Iñiguez, Gonzalo Valencia, Luis Niveló, Rafael Palacios y José María Astudillo Regalado.

Al entusiasmo de estas personas, a sus iniciativas y a la infatigable labor desplegada por el Directorio del Comité y de manera muy especial por su digno Presidente el Dr. Daniel Córdova Toral, se deben los felices resultados obtenidos.

Desde el primer momento, el Directorio hace activas gestiones para conseguir el apoyo moral y pecuniario indispensable para coronar sus anhelos. Solicita la cooperación del Gobierno, de las Municipalidades de la República, de los órganos de la prensa nacional, de diversas instituciones, etc. Las respuestas llegan, favorables unas, desconsoladoras otras. Pero no cunde el desaliento; cada desengaño sirve para acrecentar el afán, y, así, venciendo muchos obstáculos, tras una labor tesonera, llevada a cima a través de más de cinco años, el «Comité pro Monumento a Manuel J. Calle» ve coronados sus esfuerzos al inaugurar hoy -26 de Mayo de 1945- el Busto bronceo del más rotable de los periodistas ecuatorianos.

El Busto, que airosamente se alza en la Plaza

«Hurtado de Mendoza», es obra del reputado artista cuencano Don Vicente Rodas. Ha sido fundido en bronce en las maestranzas del Ejército y se eleva sobre un pedestal de mármol rojo. Desde allí, desde esa tribuna alzada por la admiración de un pueblo, sigue dando el Maestro sus lecciones inolvidables.

V. M. A. C.

BIOGRAFIA SINTETICA DE MANUEL J. CALLE

La Noche Buena. . . la pascua blanca de las almas: la noche en que se conmemora el dulce idilio con que principia el poema divino de la redención humana: la noche de los ensueños y del misterio en que los niños ricos esperan los regalos de Noel y los niños, sin pan y sin abrigo, esperan también los regalos. . . de la caridad pública: la Noche Buena de 1866 nació Manuel J. Calle endeble y pobre, sin ninguno de los signos con que el mundo reconoce la grandeza; pero, quién lo creyera, nació predestinado para la lucha en el infortunio y para el triunfo por el propio esfuerzo, porque a ese cuerpo, extenuado y chiquitito alentaba una alma noble, dotada de inteligencia superior, de férrea voluntad y de gran valor moral para empresas trascendentales como lo comprobó durante su vida agitada y dolorosa.

Creció el niño merced a los múltiples y solícitos cuidados de la madre abnegada, que reparaba, en doble porción, las caricias y ternuras, para el hijo enfermo y desvalido.

Al concurrir a la Escuela Primaria, muy pron-

to descifró el enigma de las letras y aprendió a leer, deletreando las primeras nociones del saber humano con una facilidad sorprendente. En la lectura ninguno de sus contemporáneos ha podido igualarle, ni en la rapidez cuando la lectura era mental, ni en la elegancia y claridad cuando leía para el público. Desde entonces, desde la Escuela, la única, o cuando menos la más dominante pasión de Calle fué la lectura, y el libro su compañero inseparable.

Calle, taciturno y tímido, se alejaba de sus compañeros, porque ya la mediocridad dorada, empezaba a lanzarle rechiflas de mal disimulada envidia al muchacho que se sobreponía aun entre los más adelantados. Por otra parte, Calle acaso por la falta de vista (era miope); acaso por falta de fuerzas físicas; acaso por soberano desprecio a los envidiosos o infatuados que pretendían oprimirle, no jugaba jamás, ni siquiera le entretenía los juegos de sus compañeros, por más amenos y bulliciosos que fueran.

Terminadas las Enseñanzas Primaria y Secundaria con lucidez y aplauso, Calle ingresó a la Universidad, como alumno de Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Sociales; y en ese entonces, siendo ya más que aprendiz de literato, fundó con otros distinguidos muchachos el Ateneo para ensayarse mejor en las lides del pensamiento.

Pero, duró muy poco tiempo, la permanencia de Calle en el Ateneo: sintió en su alma se-

dienta de infinito, atormentada, aherrojada, por las clases sociales que se llamaban afortunadas, ese fuego que es tentación y estímulo, la rebeldía contra los opresores. Escribió con su condiscípulo y amigo, Víctor León Vivar artículos de combate, en un periódico—«El Pensamiento»—que lo redactaban fuera de los claustros de la Universidad. Y estos artículos fueron causa para que Calle truncara su carrera profesional.

La rebeldía de Calle —es preciso decirlo— no fué esa rebeldía plebeya de motín, indisciplina, ansia loca de figurar, concupiscencia de honores, mediocridad de aspiraciones. Calle no tuvo rastreras pasiones, ambiciones ruines: nació para el vuelo, nació para las cumbres: no ascendió arrastrándose, como el escarabajo de la fábula, a la altura donde anidan las águilas. Calle sintió la rebeldía de Prometeo encadenado, contra los falsos dioses del Olimpo: Calle sintió el ansia suprema de Sísifo en la abrupta y resbaladiza pendiente del destino. . . Calle no tuvo nunca ni la cobardía del anónimo ni la cobardía de la blasfemia. Luchó de frente, con la cara al sol, ensangrentado muchas veces y sin escudo ni coraza. Luchó contra lo humano. . . y deificó lo sagrado. . .

Pero, basta: truncada la carrera profesional de Calle su permanencia en Cuenca era estéril y penosa. Empezó su peregrinaje en busca más que de pan (nunca le preocuparon las riquezas, las comodidades materiales) en busca de

alimento para el espíritu, de escenario para sus empresas.

Guayaquil, la hospitalaria y culta ciudad que tiene abierto el corazón para todos los que a sus puertas llaman, y mucho más si es cuencano, quien solicita albergue en sus lares; Guayaquil recibió cariñosamente a Calle. . . y allí tuvo pan, tuvo afectos, tuvo gloria que hasta entonces se le había negado. . .

Calle, iniciado ya de periodista obtuvo colocación bien remunerada y honrosa en la prensa de Guayaquil, donde pronto empezó a figurar en primera línea.

Hábil y ameno cronista: luego diestro comentarista de noticias y erudito literato, se dedicó a la crítica literaria para depurar el gusto artístico de la juventud y defender la pureza de la lengua y los fueros de la gramática que necesitaban estas disciplinas no ejercitadas por nadie, después de la Ojeada histórico—crítica de Juan León Mera que, en su tiempo, dió opimos y saludables frutos. También escribía por esos años pintorescos y vivos *Cuadros de Costumbres* tan importantes para el estudio de la psicología social.

Después de la transformación política del año 1895, Calle perito ya en escribir editoriales de periódico y artículos de polémica y de problemas políticos, se convirtió en fustigador de tiranos y sino de director, de intérprete de la conciencia ciudadana, despertando el patriotis-

mo nacional para las conquistas del derecho contra la fuerza y el despotismo.

Grandiosa y triple misión la de Calle; defender el idioma, la literatura y las garantías nacionales. En esta labor de inmensa actividad, ocupó la vanguardia, inundándose de gloria y llegando a ser algo así, como un ídolo del pueblo; pero, llegando otras veces al vejamen, la persecución; y hasta la injuria de sus poderosos enemigos.

En verdad que Calle fué mordaz, cruel e inmisericorde con algunos escritores o políticos; pero ello, diré parodiando a Quintana, fueron cosa del tiempo y no de Calle. . . Además en las luchas despiadadas de la política obró a inspiración sino del odio, del rencor que no es buen consejero y que lo sienten también las almas buenas.

Sí; porque Calle nunca odió a nadie: tenía un alma generosa y blanca. Fué hijo cariñoso y humilde; padre abnegado y tierno; hermano afectuoso y amigo leal, sincero y franco.

Esta fecunda labor de Calle como periodista y luchador incansable, no le aplebeyó ni en sus nobles sentimientos ni en su lenguaje aristocrático, elegante y lleno de donaires y de típicos decires; o sea, nunca dejó de ser el literato correcto, castizo, académico; y por ello, mientras escribía de diario, crónicas, editoriales, comentarios y artículos de todo género, entre los que descuellan sus famosas *Charlas*, publi-

caba Revistas para literatos, de la importancia de *Semana Literaria*, *Ilustración* (una de sus épocas), *Revista de Quito* y otras, colaborando en muchas, dentro y fuera de la República.

Además de esto, publicaba novelas, como «Carlota»; libros importantes, como *Leyendas del Tiempo Heroico*, *Biografías y Semblanzas*, *Leyendas Históricas de América*, *Figuras y Siluetas*, *Juan Murillo Miró*; y opúsculos de controversia, como *Cuestiones del Día*, *Tengo la Palabra*, *Algo sobre los Jesuitas*, *Un viejo Artículo*, *Señores y Amigos*, etc., etc.

En su vida pública, Calle desempeñó con acierto y competencia, tres altos cargos de notoria importancia y muy honoríficos: Diputado a Congreso, Director General de Estadística y Ministro del Tribunal de Cuentas.

La vida de Calle llena de anécdotas, de tragedias y tan trabajada consumió rápidamente la constitución débil, y en los primeros días de Octubre de 1918 cayó gravemente enfermo. Murió resignado y sereno el 6 de dicho mes y año.

REMIGIO ROMERO LEON.

MANUEL J. CALLE

Personalidad excepcional, tuvo el heroísmo de la sinceridad, la sinceridad armada, olímpica, terrible, sin excusa ni atenuaciones como la del Juez, como la del cirujano amante de su cruel ministerio.

Tal franqueza le enajenó voluntades y le creó una atmósfera de rencor que durará por muchos años. En esta forma ejerció la dictadura de la Prensa, diciendo todo lo sentía y creía, decidido, a modo de un Juvenal del diarismo y un Tácito para los pequeñitos Emperadores de nuestro menguado país.

No conoció el silencio sino cuando la enfermedad le arrancó la pluma de la mano: la pluma era su defensa y venganza, su pan, su laurel, la aguja para la tela, la punta caldeada para la llaga; una arma tremenda, explosiva y arrojadiza. Muy a menudo la deslizaba también en las flores del patrio verjel, en la amenidad de letras, en los recuerdos de la tierra y la edad lejana o en las travesuras del humorismo, según una fugaz doctrina de alegría, con una memoria que era una Biblioteca, con un gusto

afinado en vastas lecturas y en la intensa visión de lo bello.

Ha escrito en limpio estilo de agua diáfana y corriente, cuentos, narraciones, crónicas, críticas y filosofía. Historia y conversaciones que formarán un estupendo acervo literario, digno del Ecuador, de la América Hispana, de la lengua española, porque Calle fué consumado humanista de estudio, de conciencia, orientado hacia lo perfecto, maestro y consejero de muchos, escritor de primer orden que se hacía leer con encanto hasta por sus adversarios.

Por más de treinta años, desde niño escribió con pasmosa fecundidad y sus obras, aún las menos importantes, nunca fueron depósito de lugares comunes para alimento de medianías. Tuvo la distinción artística, la sal de la gracia; daba al lector, a su guisa, o la emoción o la caricia picante del humor. En lucha de batalla cerrada o de cautelosa guerrilla se batió con todos y sobre todo, hasta asuntos de técnica y teología. En campaña así, ya se comprende que el ardor de la refriega le empujó por la pendiente. Hasta para disparar contra el enemigo la saeta enarbolada lanzábala de gallarda manera, y casi siempre se arrepentía, veía cómo el dardo hinchaba la carne y envenenaba la sangre del maltrecho enemigo, y no cesaba un instante hasta juntar montañas de papel escrito, en un prodigio de creación, no visto hasta ahora en

país alguno: Creación de combate, de desgaste físico y moral sin brillo a veces, en jornadas de paciencia, sin premio, sin aspiración; una monstruosidad de talento, de facundia, de resistencia, de energía. Tuvo en medio de una corrupción y venalidad únicas en nuestra Historia, la virtud del desinterés, y ha muerto en honrada pobreza, después de haber comido el amargo pan de la miseria.

Su obra misma lo ha muerto prematuramente. Nadie ocupará su puesto, ni superará su prestigio de polemista y luchador. Mas que Montalvo, aquí se hizo leer por todo el mundo, porque Montalvo, pensador refinado y pulidor de la frase, carecía de la flexibilidad amena e incomparable de Calle, escritor que tendrá sitio especial en la Literatura de ambos Continentes.

Hombre de múltiples fases, complicado y férreo, tuvo y tendrá admiradores y adversarios en todos los círculos, mas nadie podrá negarle su grandeza de escritor, su noble sinceridad casi bravía, su gran carácter y cabaleresca generosidad y la flor de la cultura traída del vergel latino y para escogidas tierras recién descubiertas de la literatura contemporánea. Nadie discutirá la preeminencia de Calle en este terreno.

REMIGIO CRESPO TORAL

UNA FACETA DE LA PERSONALIDAD DE CALLE

Manuel J. Calle es tan poeta como cualquier autor de un bello libro de versos, cuando evoca los magníficos cuadros de costumbres de su tierra nativa; cuando como un gran maestro del pincel, da vida plástica al Carnaval de la Morlaquía, a la Noche Buena de Cuenca, a las Veladas de Niño, a los intensos episodios de la guerra de montoneras, a tantas cosas tan nuestras y tan maestramente plasmadas.

Es un vigor de realidad que acaso pudo culminar en el gran novelista, si su vida hubiérase remansado en las serenidades del gabinete de trabajo. Es una amenidad que fluye, que sugiere, que hala el espíritu tras de los más humildes detalles, subrayados de sana ironía. . . Es el milagro de volver a vivir en sus páginas, lo que todo cuencano ha vivido o ha visto vivir a su lado, en el ambiente cálido de casa adentro. . . En ciertos pasajes yo he sentido palpitar ese algo genial de la visión blasco—ibañezca,

cuando hurga en la entraña viva del huerto valenciano. Tiene la robustez mental de los grandes magos del realismo novelado.

Y al lado de este genuino poeta, se halla el formidable cultivador de la leyenda histórica, del cuento de zócalo real, de la tradición, de la anécdota biográfica llena de gracia francesa; de sugerencia lírica, de medulación mental y, sobre todo, de interés sutil que late bajo los dedos como un corazón que auscultáramos, o como un pájaro encantado dentro de la malla de una jaula dorada. En estas pampas andinas de leyenda, acaso le falta el ingenio de un Ricardo Palma, pero indudablemente le sobra visión artística, acierto psicológico, batir de alas de la idea y desgranarse de trinos en la mañana fresca de la emoción. Nadie como él para acentuar la nota amena, tanto que no se puede dejar de concluirlo, cuando se le ha leído un primer párrafo.

Pero en donde surge más poeta que en ningún otro plano, es en ciertos actos de actor cinematográfico que, a veces, supo adoptar en la pantalla del periodismo. Habéis oído la gama de su voz temblorosa, en los momentos en que se inclina sobre el brocal de su pozo interior y descifra el enigma del dolor de vivir; en los momentos en que, todo empapado en el agua salada de la ironía más acre, zambulle sus piruetas dentro de un humorismo que hace daño,

porque es la máscara que cubre el rostro llo-
roso?

Yo admiro una suprema modalidad de arte en todos aquellos artículos voladeros y fugaces, en donde crispó el gesto de la ironía, para no daroa entender el quejido del romanticismo más dolaroso y sincero. La garra de la vida, hundid en su pobre carne débil, no abrió la herida por donde fluye el verso cantarino, sino que inyectó el tóxico fatal que se vuelve sonrisa amarga y rictus trágico.

Tras la velatura de muchas frases de prosa periodística se advierte la carne viva de la emoción que en el laboratorio de otro espíritu hubiera podido trocarse en un poema admirable y magnífico.

Y éste es el poeta que no fue, porque la fructificación periodística monopolizó toda la savia de sus vasos florales... Y, para bien del Ecuador y aún de la América intelectivos, mejor que haya sido así.

ALBERTO ANDRADE ARIZAGA.

MANUEL J. CALLE

Hay en la prensa ecuatoriana un hombre
diminuto, nervioso, desgredado,
que tiene de Voltaire el desenfado
y supera a Pierrot en el renombre.

Afirmo—y el lector no se me asombre—
que tan bien Mnemosine le ha dotado
que es capaz de sabérselo al Tostado,
y la Biblia, y de todo fecha y nombre.

Charapotó no tiene en sus salinas
el sabor de sus charlas matutinas,
ni hay pimientos como ellas tan picantes.

Burla burlando brillará su pluma,
que este excelso Arlequín parece, en suma,
la encarnación de un chiste de Cervantes.

CARLOS E. RODRIGUEZ J.

MANUEL J. CALLE

En el año 1927, al fundarse en Cuenca Colegio Normal, el distinguido hombre público Sr. Dr. Daniel Córdova Toral, entonces Ministro de Educación Pública tuvo el acierto de designar al nuevo Plantel con el nombre de «Instituto Manuel J. Calle», en homenaje al insigne escritor, porque también fué maestro en el hermoso arte del bien decir, educador del pueblo, que desde la cátedra soberana de la prensa enseñaba el evangelio de la democracia, predicaba el culto de la libertad y, al influjo poderoso de su pluma, encauzaba por los senderos de la conciencia nacional esa corriente sutil que destruye y crea, incontrastable, por lo mismo que es espiritual, y que se llama opinión pública.

Discípulo eminente de Cervantes y Montalvo, aprendió del primero la pureza de la dición, la señorial elegancia de la frase, la bella filigrana del estilo y aquel *modus dicendi* tan peculiar a los escritores clásicos del siglo de oro, que saturaron el

espíritu en las frescuras de la fuente Castalia. El Cosmopolita enseñóle la arrogancia del campeón en la arena del combate; el ímpetu de la acometida, las estrategias y recursos del ataque, la elegancia de la estocada o el artístico lanzamiento del dardo mordaz y cruel, impregnado a veces con el suave óleo de la gracia inimitable que aneste- siaba a la víctima.

Calle forjó su pluma de acero a los golpes de la adversidad en el duro yunque de la vida, la que casi toda élla fué una tragedia, durante días eternos de desencantos y angustia, grises y fríos en los que el sol de la felicidad humana jamás acarició con luz y calor su espíritu rebelde.

Quizás esta fué la causa de su temperamento de constante acrimonia y por qué su pluma mojó casi siempre en la tinta roja de la pasión encendida y frecuentemente usó de la frase volcánica que lanzaba desde la cumbre, como en erupción de ideas que ilumina y destruye, inspirada en esa pasión de los dioses que se llama venganza.

En su juventud bohemia y combatida arribó casi de un salto al palenque del periodismo político que fué el pedestal de su fama. Desde allí, armado de su pluma, como espada fulgurante, ejerció una dictatura casi incontrastable, brillante y demolidora a veces, pero siempre admirable por la valentía y el arte. Desde las barricadas de la prensa diaria, arremetió contra los farsantes de la literatura que merodeaban por los suburbios del sa-

grado monte del Parnaso. Con su pluma, que fué látigo de fuego, azotó a los mercaderes de la política que habían invadido el templo de la Patria para explotarla a pretexto de servirla. En los tortuosos senderos del periodismo, cuántas veces, como el gentil hidalgo de la Mancha, con la lanza formidable de su pluma hizo de vengador de agravios y desfacedor de injurias, arremetiendo contra los molinos de viento de sus enemigos, pigmeos los unos y fuertes y terribles los otros, porque parecía que sólo él se había reservado el derecho a la censura y la crítica. Su pluma fué escalpelo que en el anfiteatro de la opinión pública hizo la disección de los cadáveres políticos y con harta frecuencia verificó amputaciones de los miembros gangrenados que comprometían la vida de los partidos políticos.

Así como el gran Luis Veuillot fué el portavoz y abanderado del partido católico de Francia, Calle fué del liberalismo ecuatoriano, al que lo defendió desde las trincheras del periódico luchando como soldado raso o como General en Jefe de la campaña, sin que la fuerte raigambre, de sus convicciones ideológicas le haya detenido a descargar muchas veces sobre varios de sus hombres las tempestades de su verbo implacable y quemador. . .

Como crítico mordaz y humorista, talvez en América no hay quien pueda rivalizar con el genial Ernesto Mora. Valbuena y Leopoldo Alas,

el célebre *Clarín* de España, son acaso los escritores de habla castellana que con Calle verificaron en su tiempo la campaña de verdadero saneamiento en el campo de la literatura. Su especialidad fué la producción periodística, el editorial o la simple gacetilla multiforme y pintoresca, como sus inimitables «Charlas», vibrantes y ágiles, llenas de amenidad.

Este fecundo escritor fue como un torrente de agua murmurante y pura que todos los días se vaciaba en los moldes de la prensa para ofrecer a las muchedumbres las mañanas como desayuno espiritual la diáfana copa del pensamiento escrito.

Sin embargo de su ideología radical y quizás de su sectarismo, como escritor literario tuvo el espíritu de la justicia en grado eminente, porque demostró su real independencia en el análisis público de los grandes valores intelectuales y morales del Ecuador. Se complacía en admirar, preconizar, aplaudir y hasta glorificar los merecimientos de los hombres superiores del Partido Conservador o católico. Nadie como Calle ha enaltecido la personalidad de González Suárez, Julio Matovelle, Luis Cordero, Honorato Vázquez, Miguel Moreno, Crespo Toral, Muñoz Vernaza, Romero León, Ricardo Cornejo y otros valores sobresalientes de las filas contrarias y de quienes hizo el más perfecto retrato moral en sus inspiradas Semblanzas.

Tuve la suerte de conocerle y el honor de ser su amigo. Conservo de él, como tesoro literario algunas cartas en las que no acierto qué admirar más si la filigrana de sus frases, la honda filosofía de sus conceptos sobre el programa de la vida o la generosidad de sus afectos para Cuenca y los cuencanos.

Como estela luminosa de su genio allí están «Leyendas del Tiempo Heroico», «Ecuador Pintoresco», «Semblanzas» y sus célebres «Charlas», obra de la fecundidad de su pluma en los largos años de vida en Guayaquil, tierra hospitalaria y generosa a la que Calle amó tanto y donde, por su expresa voluntad, reposan sus restos mortales, los que son constantemente objeto de cordial homenaje por parte de su intelectualidad en el aniversario de la muerte del malogrado escritor, cuyo espíritu sutil y fulgurante parece que flota todavía en la margen florida

«que manso lame el caudaloso Guayas»...

ROBERTO CRESPO ORDOÑEZ

UN GRAN PERIODISTA

— — —

Manuel J. Calle, uno de los mayores, si no el primer periodista latino-americano, fué el tipo acabado del género. No a la yanqui, en el sentido de la habilidad y la prontitud para la caza a la actualidad volandera, de la perspicacia en acecho de novedades, de la malicia para descubrir o inventar hechos sensacionales... sino a la francesa, por el arte ingénito del comentario, que vivifica, realza, transfigura lo cotidiano y corriente.

La interpretación original y lúcida, la deducción imprevista y justa, la gracia, la malicia en desentrañar la intensión recóndita, son su manera de suscitar el interés más vivo por el hecho común y opaco, la idea simple y vulgar o el personaje uno de tantos. Su prodigiosa fecundidad y su don de vida, por sí solos, dieron abasto, durante años de años, a la infatigable curiosidad de un público a quien comunicó su gusto, a veces despiadado, de ver claro bajo los disfraces. Brotaban de su pluma, con abundancia de fuente sempiterna, esas sus

CHARLAS inagotables, siempre interesantes, ágiles y límpidas sobre temas que bajo otra pluma habrían revelado sólo su pequeñez árida e ingrata.

Bajo las travesuras y las impertinencias más inquietantes adivinábase sin embargo una malicia sin baja perversidad en la suspicacia, una reacción involuntaria y casi inopinada de su natural vibrante, incoercible y como azogado al contacto de las primeras impresiones. Singularísimo por sus defectos casi tanto como por sus cualidades, en cualquier parte habría podido imponerse sin más que su pluma ágil y certera, como sin más que ella y a pesar de tanta cosa en contra, se impuso en el Ecuador. Muere sin embargo casi totalmente desconocido del resto de América. Faltóle erguirse sobre el pedestal que presta un gran país a sus hombres, aún de menor talla; faltóle una tribuna de universal resonancia. Su país, pequeño, le contuvo dentro de sus límites, le cobijó con sus horizontes encapotados.

Y él se compenetró tan íntima, tan exclusiva, tan irrevocablemente con las cosas de su país, que de esta misma limitación sacó su fuerza sobre él. Llegó allí a una verdadera dictadura de la opinión. La mayoría de indóciles y descontentos esperaba e él cada mañana el evangelio de un hombre de poca fe y de inteligencia terrible. Pesimista regocijado e infeliz, crítico alegre y feroz aunque sin maldad, a pesar de las apariencias y los rencores

parciales, enseñaba a pensar y a sentir a la inmensa multitud de curiosos y de malignos sutiles que gustaban de su risa iconoclasta. Se embriagaba cada mañana con la irrestricta voluptuosidad de decir toda su verdad, sin trabas ni reparos. Verdad fragmentaria, arbitraria, contradictoria o incoherente, pero sincera y desnuda hasta la insolencia y hasta el cinismo.

Prodigiosa cantidad de desdén la que derramó sobre hombres y cosas! Y de un matiz especial. No es el sarcasmo a lo Larra; no es la amargura helante de un hipondríaco, de un insociable a lo Swift. Tampoco es la paradoja, ni los retruécanos a la francesa, ni menos la gaya ironía que procede por alusiones y envuelve en velos sutiles el pensamiento real. Y si tuvo como Scarrón el genio de lo burlesco, no usó el procedimiento de la parodia ni exageró tipos o caracteres. Su burla es directa y concreta, sin laboriosas transposiciones.

Nadie como él para el argumento *ad-hominem*. Es la mofa, la befa castiza, a la manera española. . . Para este Diablo Cojuelo, no hubo techo que no fuese de vidrio. Parece haber aprendido, no sólo su lenguaje, castizo, exacto, seguro, sino también más principalmente, su filosofía de la vida, su conocimiento de hombres, en la novela picaresca. Su visión del mundo es la que se desprende del *Gil Blas*, que no cree ni siquiera en la sinceridad del vicio, menos en la grandeza o fatalidad

del mal. Su desdén no tiene ni sombra de la melancolía de Don Quijote. Este realista menosprecia casi por igual la mediocridad del bien como la del mal. Y sin quererlo, su risa nos empequeñece adrede, nos entristece. Y es sin remedio. Porque su alegría ni siquiera es trágica como la risa del desesperado! . . .

Como quiera que se le juzgue, fue extraordinario. Y casi desconcertante como producto del medio. Nació, creció, en Cuenca del Azuay, ciudad que medita sola en un rincón de los Andes concentrando en su aislamiento meditativo la fuerza de sus tradiciones, la devota reverencia de las prácticas de su credo, la poesía del culto y el respeto de la sociedad. Por natural y simple espíritu de contradicción, más bien que con el objeto de plantear su caso a un hipotético Taine del futuro, este demoleedor implacable y regocijado aprendió allí lo contrario de lo que se le enseñaba. Sólo aprendió a derechas, con gusto temprano y durable, sus humanidades: formó allí la base inamovible de su cultura clásica y remontada en lo posible a las fuentes

Su estilo, sin conformidad y magnífico como el de Montalvo, viene de cepa castiza. No lo enturbia ni rebota la improvisación más precipitada. Conoce su lengua a punto de hacer, cuantas veces quiere, como jugando, *pastiches* a la manera de Montalvo, principalmente cuan-

do le imita la prosa rabelesiana, copiosa y grasa de su humorismo.

Jamás tuvo tiempo ni gana de practicar, antes de dar a la imprenta, la que Swift llamaba «la repugnante tarea de releerse». Pero dentro de cincuenta años, los curiosos de lo pasado hallarán, en estas crónicas atropelladas, palpitante y viva en su incoherencia de primer brote, toda la vida de esta época.

GONZALO ZALDUMBIDE.

MANUEL J. CALLE

ESPIRITU ROMANTICO

Lo esencial de la magna figura de Calle es su temperamento romántico, que se desdobra con graciosa espontaneidad para la lucha y la añoranza, para la actividad política y la pasividad lírica. Rebelde a la férrea disciplina, se fuga del aula, y toma asiento en el periodismo nacional, en donde realiza una labor libre, fogosa, reflejo fiel de su personalidad inconfundible. Romántico por naturaleza, comprensor de las injusticias sociales, de los despotismos políticos, se deja cautivar hasta lo íntimo por la Revolución Francesa, por los *Derechos del Hombre*; y en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad cree vislumbraar el oasis que necesita para su refrigerio la humanidad sufriente y angustiada. Desde entonces, nuevo Caballero Andante, armado de su invencible pluma, no se cansa de arremeter contra todos aquellos que no respetan el Derecho ni conocen la Justicia. Heroica, continuada es su lucha. La fatiga no le ata las manos. El

garrote de los yangüeses no le apoca el brío del espíritu. Con el mismo lenguaje sonoro y claro de luchador sigue aplastando con verdades a la taifa de pícaros que minan los cimientos de nuestra desventurada República.

Actitud procerca y romántica es la suya. Recuerda la de los patriotas de ayer que pelearon para conquistar la libertad de América y luego para acabar con los despotismos nacionales. Naríño, Zea, Alberdi, Martí, Sarmiento, fervientes adalides de la Democracia, reviven, excelsos, cuando se evoca la pluma de Calle.

El amor a la Libertad, que le lleva a una lucha heroica, temeraria, hace de Calle el romántico político, el romántico activo, que trata de construir un mundo nuevo: el mundo ideal que se lleva adentro; el mundo que necesita el espíritu que se asfixia en la soledad, en la anarquía, en el divorcio de clases que trae la burguesía. Mucho de utopía quizá se encuentra en el sueño de fraternidad y de igualdad de los románticos, pero él está henchido de ideal, de luz esplendorosa, inextinguible, que se agita de tarde en tarde al soplo de los pueblos, tras de sus momentos de agonía. Este ideal en Calle, frente a la hostilidad del medio, le lleva al pesimismo -nota característica de los románticos- y entonces lanza la frase demolidora del que nada espera, del que en nada tiene fe, del que sólo quiere acabar con la cínica farsa de la política. El sueño le guía a la lucha, y la

esterilidad de la lucha le lleva a la desesperanza, que le obliga a lanzar rayos contra la Injusticia, el Despotismo, la Ignorancia. La tolerancia, la mansedumbre reñidas están con el espíritu de un Armado Caballero que ansía imponer su mundo, crear su mundo para el imperio del Bien, la Verdad y la Belleza.

El romántico pasivo, en su sed de auscultación, en su fuga de la realidad, se refugia en el pasado, como para olvidarse del presente martirizador o para delectarse reviviendo la dicha o el dolor pretéritos. Guillermo de Schelegel, uno de los pontífices del romanticismo alemán, al referirse a la escuela literaria preconizada por él, manifiesta lo fundamental del recuerdo dentro de la nueva estética: -«La poesía de los antiguos era la del placer, la nuestra es la del decoro; la antigua se establecía sobre el presente, la moderna oscila entre los recuerdos del pasado y los presentimientos del porvenir»- Da a comprender así lo doloroso, lo inquieto, lo torturante del romanticismo, que vive en un perenne olor de pasado, de marchitez, de imposible. I Calle, en una de sus *Charlas*, tiene estas líneas que revelan su hondo romanticismo: -«El recuerdo: precisamente es mi fuerte . . . o mi flaco, según el juego de palabras atribuido al difunto Sr. Cordero; y ese recuerdo en la materia que he tocado, es para mi pobre alma luz de inocencia y juventud, santa poesía de imágenes queridas, el primer dolor, el primer cariño, la primera novia, la

vaga esperanza en todos los confines, y la honda amargura de una vida truncada, frustrada para siempre por la rudeza de un régimen educativo que si no alcanzó a pervertirme, hizo que más de dos veces tentase las puertas del suicidio, y que, al fin, me desligó de toda fe, de toda religión, inspirándome un odio al clérigo, que sólo los largos años que he vivido han podido apagar un poco, dulcificar con panales de tolerancia despectiva, -borrar jamás, porque hay sentimientos y rencores imborrables cuando, a su triste relumbrar, se han formado convicciones y normas de conducta.»- Esta amargura, esta desolación de sus quejas, la sombra wertheriana que pasa por estas confesiones -que amaban los románticos- el sentimiento de soledad, de desaveniencia con lo social tienen el dolorido acento que los poetas románticos de todos los siglos ponen en sus cantos desesperados. Lamartine, Musset, Nerval reviven en la desesperanza de Calle, que fué el poeta del recuerdo, de delicadísima sensibilidad, y dueño del poder de contagiar su emoción, de hacer que se aspire el olor de sus lágrimas, vertidas con humana sinceridad.

La noche, que cobija, que aisla, que ahonda la soledad amada de los tristes, es el tema, la obsesión de los poetas románticos. Junto a *Las Noches* de Musset ¡cuántos nocturnos, cuántos poemas de lágrimas y sombras brotados del solitario corazón de la doliente y enfermiza caravana de poetas románticos! La noche, tétrica, sombría,

esparce sus tinieblas en las páginas henchidas de poesía de algunas de las *Charlas*. - «Es media noche. Del cuartel de artillería de Quito sale un grupo de soldados armados, al mando de un oficial, que llevan en medio a un hombre alto, fornido y barbado. Se deslizan como asesinos o ladrones por calles oscuras, y avanzan por una lóbrega que brada, en cuyo fondo corre turbio un hilo de agua . . . Llegan a la puerta del Cementerio: una mísera plazoleta tapizada de malezas forma atrio a la entrada . . . y allí se paran.» - «La noche está negra y tétrica: un vaho de horror trágico circunda la Necrópolis, cuyos árboles cabecean al paso de vientos gemidores; y bajo la inmensidad estrellada, sobre árboles y tumbas, vuelan pesadamente, graznando extrañas melodías, los pájaros de la muerte» - En este cuadro se advierte el sentido de lo fúnebre. Con delectación para la más mínima pincelada para el total tragismo del escenario. No se descuida del epíteto que intensifique lo fosco y lo horrendo del conjunto. Late aquí, con fuerza, la sensibilidad romántica de este lírico que mira el mundo con una mirada de terror, como Hauptmann, como Poe, como los metafísicos que se con- turban ante la naturaleza, la animan y la hacen vibrar con sus propios sentimientos, afirmando así que «el paisaje es un estado de alma» Los románticos crean el paisaje romántico.

Calle, como pocos, sabe el valor artístico del recuerdo. Con frecuencia, románticamente dolori-

do, vuelve al pasado a recordar los días idos de su adolescencia, de su juventud rebelde, de sus horas libres llenas de sol y ensueños. Y sus recuerdos se le presentan con una viveza tal que le permiten la reconstrucción emocionada de antiguas escenas. Como Eugenia de Guerin pudo decir: «Estas cosas muertas me hacen, creo, más impresión que durante la vida; el resentir es más fuerte que el sentir.» - Cuando evoca su vida de colegial en el Seminario, se le crispan los nervios, y la impresión airada le brota incontenible, torrencial, acusadora. . .

El romanticismo, si en algunos se vuelve escéptico, blasfemo, en otros es espiritualismo, búsqueda de Dios, como el único refugio de su soledad; como el único alivio a su miedo de vivir, a su desencanto de todo lo terreno; como el único bálsamo al mal del siglo. Chateaubriand, Hugo, cada uno desde su belvedere filosófico, alza los ojos a la altura, y encuentran al Absoluto, al Eterno, causa y guía de todo lo creado. Calle, que tiene frases burlescas y sentencias lapidarias para los conductores de su vida estudiantil, cuando olvida el pasado y, en momentos de sosiego espiritual, otea el porvenir, se demuestra espiritualista y creyente, como en estas líneas que anteceden a sus *Leyendas*: - «El sentimiento cristiano del deber y de la caridad, el sentimiento religioso y filosófico de la misión del hombre sobre la tierra, el sentimiento profundamente humano, noblemente honrado del e-

mor a la Patria: he ahí tres sentimientos que completan la educación de la infancia, mediante los conocimientos que a ellos le llevan: lo demás está comprendido en ellos.»

El romanticismo de Calle, caracterizado por sus confesiones, su amor al recuerdo, su sentimiento de soledad, etc., no implica un divorcio del realismo. La vida, motivo del arte, es compleja: es espiritualidad y realidad, en plenitud de armonía.

VICENTE MORENO MORA.

MANUEL J. CALLE

Calle sabía de todo, y si no lo sabía lo adivinaba; y si no lo adivinaba lo inventaba; y lo adivinaba o inventaba al correr de la pluma manejada con ímpetu genial. Una maravilla de ingenio sutil, nunca dormido ni adormecido siquiera. Siempre despierto, vivo y eréctil.

La memoria? Otro pasmo. Si hay Repúblicas—imperio, por qué no aplicar también el calificativo de imperiales a esas memorias que como las de Montalvo y Calle no olvidan jamás? Esas donde el recuerdo deja de serlo, para ser cosa que se ve y se palpa y vive en comunión íntima y constante con quienes gozan de tan admirable poder de resurrección, poder que los hace semejantes a dioses, pues es de dioses el no olvidar, el recordar eternamente? . . .

Debió leer mucho y aprender mucho; pero fué su libro, su libro favorito, el libro de la vida. Cursó en él humanidades, lo humano, vivo y doliente de los hombres de su tiempo. En el afán de

cada día trabajó en carne viva con el escalpelo de la pluma.

Las CHARLAS eran el plato del día o el manjar que le ofrecía la propia imaginación o su exquisita sensibilidad de artista. . . Son dechados de ingenio, de *humor* acre, de elegantísima fluidez, de imaginación fecundísima, de vivacidad entusiasta o fulminadora; de una mezcla o poción en que se advierten confundidas hieles y mieles en sorprendente alquimia espiritual de cuadros, narraciones y retratos de colorido tan firme y tan seguro, de sombras tan bien puestas y trazadas, que no podrán borrarse nunca de la memoria de las gentes. Dechados de cultura, de plenitud y gracia intelectual, de algún lirismo a veces, y siempre de invectivas y sarcasmos, de atrevidas y casi imposibles paradojas.

Cómo salía todo ello ordenado, fácil y bellamente de esa escondida vena espiritual que se manifestaba en la apariencia exterior tan turbia y revuelta, es cosa peregrina y que revela que no había consonancia, armonía, acuerdo alguno, entre lo flaco y estropeado del cuerpo, y la robustez sana y vigorosa del espíritu; el cual para derramarse, para volcarse afuera, empleaba sin duda el freno y el imperio de la voluntad que regía, limpiaba y purificaba el magnífico caudal que había de brotar larga y suave y armoniosamente de aquella pluma a todas horas fecunda, dócil y arrogante. . .

Espíritu complejo, lleno de excentricidades y

caprichos, cabe decirse de Calle que era un manojito de inconsistencias, suspicacias y genialidades que hacían imposible saber cuál fuese la parte real y cuál la artificial de su carácter. Estuvo con los Presidentes y se burló de los Presidentes; trataba con los políticos, y no olvidaba charlar de la más insignificante fruslería que ocurriese entre ellos, de ponderarla y hasta de ridiculizarla; se puso como quien dice al margen de la sociedad, y sin embargo, lo movía continuamente a un lado u otro el menor soplo o cambio de opinión; hacía fisga de la gramática y la filosofía, y se cuidaba mucho de escribir gramaticalmente, y de razonar mediante exposiciones, deducciones e inducciones lógicamente formadas y presentadas; desdeñaba el aplauso, y escribía para la posteridad. . .

En cuanto a lo original, saca ventaja Calle a Montalvo, en el sentido de que para Calle no hubo Séneca, ni Montaigne, ni Addison, ni Cervantes; a lo más Cacaseno, Gil Blas, con su decir castizo, llano y elegante. Nada de prestado en él, nada de pegado. No le regían ni gobernaban sino su propio y soberano albedrío, su propia y profunda originalidad, su esquivez natural, su libertad, su independencia, que si se oscurecía un tanto, y esto rara vez, recobraba a poco su prístino fulgor y resplandecía con más viva lumbre y más vivo calor de pasión y sugestión.

Había en él turbulencia y sensualidad, ardor apasionado, desdén de toda sujeción y disciplina,

brotos de cólera, impulsos de fervor y un temperamento como hecho ex-profeso para sacar de quicio todo lo humano y todo lo divino.

Jamás cedió de su pensar y su sentir expresados con pasmosa facilidad de juicio y de palabras, Vivió en lucha perpetua consigo mismo y con los demás. Nunca tuvo miedo. A nadie respetó, y consiguió el respeto de todos. Se fué contra grandes y pequeños, y por lo regular, desconoció la piedad, el miramiento, en su diaria labor de periodista. En ella fue inflexible. . .

No tuvo igual antes, ni lo tendrá después. Resplandeció para herirnos y fustigarnos. No hubo en él la santidad del profeta; pero tuvo el azote, la advertencia, la amonestación, el treno, las lágrimas y la palabra inspirada para fulguración de siglos. Ni disfraz ni disimulo en él. Brincó, gritó, saltó, gesticuló, se burló de todo, amplia y ruidosamente.

Dominador del idioma en forma fácil y correcta, en forma clara y sencilla, sin rebuscamientos ni ampulósidades de dicción, corría su pluma con agilidad pasmosa, sin detenerse casi, y casi sin tachar ni enmendar cosa alguna de lo escrito en cualquier materia y en cualquier ocasión, desde el mensaje presidencial, la biografía, la leyenda de temple heroico, el cuento o la parábola, hasta la Charla o el travieso y fino cuento de gacetilla.

Tuvo gracia, manera y expresión para toda idea, todo sentimiento, toda invención o imaginación; y, con frecuencia, puso la risa, la burla o el

gesto arlequinesco en asunto de suyo serio y grave, como quien esparce lo picante de una especia para sazón y estímulo del gusto en manjar un tanto simple y desabrido. Manaba de fuente inagotable el sonoro y abundante caudal que derramaba en periódicos, hojas y folletos, este *virtuoso* de la pluma, más diestro en ella que Paganini en las cuerdas de su mágico violín,

No tuvo Calle por corona ni mirtos ni laureles, ni ciñó a la frente otra diadema que la que le entretejían las espinas y dolores de sus mismos pensamientos. Igual en esto al Hércules de la fábula, murió por libertarse de la túnica de amarguras y pesares que le abrasaba y consumía. Subió a la pira, le puso fuego, el fuego de su espíritu generoso, y, abrasado con él, se purificó y alcanzó la altura venturosa en que serenos, amables, bendecidos, habitan los inmortales.

ALFREDO BAQUERIZO MORENO,

— — —

MANUEL J. CALLE

Manuel J. Calle refleja toda la vida ecuatoriana del momento en que escribe, sin pretender enfocarla a punto determinado. Abre la cámara cinematográfica, y, en sucesión interminable, hace desfilar por ella los acontecimientos del día, comentándolos con la despreocupada sonrisa del excéptico o con la burlona carcajada del cínico.

Jamás se le enmohece la pluma. Su ubicuidad maravillosa invade todos los géneros. Lo más encumbrado o lo más trivial, el reporte fugaz o el enjuiciamiento del crítico severo, el escaso diti-rambo o la abundante censura, todo, trátalo con el mismo desenfado, con igual donosura, con idéntica facilidad.

Polemista terrible, incansable en el bregar, cuando no encuentra contrincantes arremete contra los molinos de viento, en fuerza de no querer abandonar un solo instante su pesado ejercicio de armas. Con predisposición innata a la lucha, ejerce admirablemente en el campo periodístico la mi-

sión que se impone al darse cuenta que allí puede desplegar con mayor refulgencia y más íntima satisfacción el dinamismo espiritual que lo consume.

Su temperamento no admite el descanso. Su cerebro es fuente colmada, de donde brota ampliamente vertida una producción inagotable. En lo endeble de su contextura física reside una fuerza de voluntad gigantesca, que le permite darse tiempo para llenar, hora a hora, innúmeras columnas de los diarios, en todas las cuales resplandece el sello personal que lo vuelve inconfundible. De nada sirve que oculte a veces su nombre, porque la estocada se la conoce por la maestría con que la asesta,

Unico evangelio en el altar de su penuria cotidiana, el de la risa. No conoce los estremecimientos de la cólera magna; su indignación no avanza al tono olímpico: se detiene en el chiste alado, en la broma jacarandosa y traviesa, cuando más en la ironía cáustica. En su ataque, no recurre al yambo heroico o a la recia catilinaria, no aplasta con la catapulta, ni arroja gruesos guijarros para fragmentar humanidades. La misma lanza que difunde el pavor en sus primeras acometidas, la trueca después en el fino estoque florentino, en la joya de elegante empuñadura, cuyo cimbreador acero sabe arrebatar vidas con insospechable facilidad.

Es de los adalides a los que estorba el hierro de la armadura: su única coraza, la convicción

doctrinaria que le arde en el pecho; su solo yelmo, la voluntad titánica que le alumbrá por donde quiera que va, siempre de portaestandarte del ideal que preconiza, de guardavía de las opiniones que sustenta.

En su proceder, hay nobleza en el impulso, desnuda sinceridad en el desempeño; pero se escarba poco la conciencia. Antepone a todo el afán de agrádar y regocijar al público, haciendo gala de su portentosa habilidad acrobática que le permite la prueba funambulesca y el juego malabar sobre la cuerda en que se sostiene merced a insuperable dialéctica.

Su humorismo, que, por lo común, esparce aromas de deleite, a ratos adquiere caracteres de crueldad: se advierte en él la fría intención de quien en un cuerpo todavía palpitante hunde el escalpelo buscando las vísceras enfermas. En ocasiones, se detiene a examinar carroñas sociales, no ya como Baudelaire ante el esqueleto para sumirse en la meditación de las humanas lacerias, sino con la delectación del analítico que halla placer en descubrir con mirada perspicaz los más ocultos gérmenes de morbosidad.

Si toda obra es reflejo de un estado de alma, es natural que la de Calle brote así, también igual a su alma: ingenua, pero atormentada y procaz; vehemente en sus arrebatos, pero con remansos de mansedumbre; mar borrascosa revestida de espumas de bondad, aunque guarda en el légamo las

impurezas de una ironía devastadora, lindante con la befa y el escarnio. En las horas de tedio, los disturbios del corazón le surgen tumultuosamente afuera en raudales de hiel y vinagre; el infierno de adentro externa sus llamas, y, entonces, su literatura se muestra trasunto de su ánimo sombrío, desolado y doliente.

La muerte -que en la ímproba tarea intelectual es la sola fuerza que logra doblegarlo- se llega al empezar del otoño, precisamente cuando accierta a vislumbrar la serenidad, cuando cercano al puerto su barco de destrozadas velas, sintiendo' se vencedor de las tormentas, ansía la alianza del reposo que en vano buscó.

Largo ejercicio espiritual para aprendizaje del bien morir, no otra cosa fue su vida. Escaso el tiempo, apremiante la necesidad, la antorcha de su saber esparce luz no siempre igual, pues se encuentra a merced de la intensidad de las rachas de la adversa fortuna.

En el amplio y asimétrico mosaico que forma la producción de tan fecundo escritor, se impone la selección; pero hecha ésta, resta lo suficiente para poner el nombre de MANUEL J. CALLE sobre un pedestal duradero en donde irán a morir deshechas, como en un rompeolas de eternidad, las oscuras marejadas del olvido.

VICTOR MANUEL ALBORNOZ.

MANUEL J. CALLE

*Anfora leve al verlo se diría
no cupiera en su fondo tanta esencia :
plenitud en la azul adolescencia,
desborde en el cenit y el largo día*

*En áureas mieles ricas de ambrosia,
que de Figaro evocan la presencia,
mojó la fértil pluma, eflorescencia
del huerto de la egregia dinastía.*

*Luminar de la Prensa, su amplia egida
el fútil hecho en emoción convierte,
y el motivo alto en lápida esculpida.*

*Tósigos y óleos, justiciero vierte
y ese hombre, todo espíritu en la vida,
es hoy carne de mármol en la muerte!*

ALFONSO MALO R.